

LA PREVISIÓN, MÁS URGENTE QUE LA LLUVIA

Hay recuerdos cuyo valor de anécdota puede trascender al de categoría cuando su moraleja ayuda a resolver situaciones graves y frecuentes. Al hilo de sequías recurrentes que, una y otra vez, pillan a la política del agua con el paso cambiado, ése puede ser el caso de dos reacciones que conviene traer a la memoria: junto a la conservadora “*los experimentos con gaseosa, joven*” con que espetó Eugenio D’Ors al camarero novel que, abriendo con torpeza una botella de cava, manchó su chaqueta, la agónica “*la solución está en la crisis*” de un Kissinger desbordado por su empeño en resolver el sempiterno problema del Oriente Medio. Más que respuestas extremas frente a sequías demasiado *estructurales*, debería esperarse una mesurada acción en línea con lo dicho mucho antes por Aristóteles sobre el punto medio donde podía estar la virtud: entre el planteamiento de improvisar experimentando con agua, algo más esencial que el mejor cava, y el de esperar a que sólo una catástrofe llegue a imponer, por fin, la razón, hay que buscar soluciones cuya raíz sea, precisamente, la razón.

Con Barcelona esta vez como punta de lanza, es muy probable que la crisis del agua afecte de lleno a más de media España. Y no será imputable a la falta de llamadas al orden. Entre otras, la del editorial de esta misma Revista que, allá por el mes de abril de 1996, coincidiendo en el tiempo con unas generosas lluvias de primavera que ponían punto y final a una larga sequía de más de cinco años que afectó a toda Andalucía y especialmente a Sevilla, comentaba como sigue aquel escenario:

Modernizar un abastecimiento no es tarea a improvisar, sino el fruto de una planificación a desarrollar con un trabajo continuado y discreto que dista mucho de ser breve y brillante. Y es aquí, precisamente, donde estriba la dificultad de erradicar tendencias al abandono. De aquí que, una y otra vez, se acumule la incuria. Hasta el punto de crear situaciones límite ante las que, periódicamente, se acaba recurriendo a la captación improvisada de recursos alternativos (nuevos pozos, transportes de emergencia -algunos hasta por vía marítima- o, en fin, plantas desaladoras) y por supuesto la socorrida interrupción temporal del servicio.

El comentario precedente, así como el resto del editorial, tienen una actualidad que puede merecer una apostilla en lo referente al coste energético de la desalación que, aunque ha disminuido de modo significativo (desde los 5,5 kWh/m³ de entonces a los 3,0 kWh/m³ de ahora), se ha visto neutralizado por el imparable crecimiento del precio del barril de petróleo (20 \$USA entonces y más de 100 \$USA hoy). Nada, pues, se ha avanzado pese a que la Directiva Marco del Agua (que vio la luz en diciembre de 2000, dentro pues del intervalo temporal que se considera) obligará a repercutir todos los costes a partir de 2010. Sin embargo, y salvo excepciones, no se han promovido medidas tarifarias que propicien el ahorro. Tampoco se ha avanzado en el control de los usos, y están pendientes por definir indicadores que permitan controlar las mejoras en la gestión. Ni, en fin, se han establecido estándares de calidad que definan las condiciones con las que debe prestarse el servicio.

Urge, pues, establecer reglas de juego que, adecuadas a los tiempos que corren, racionalicen los usos, especialmente los más delicados: en primer lugar, el suministro humano, directo, y en segundo lugar el indirecto, a través de la producción de alimentos en el regadío. No en vano el primero es el que, en periodos secos, genera mayor alarma social y el segundo el que se maneja como primer fondo de reservas para responder a ella. Incluso, en algunas zonas, el margen de ahorro que existe por mejorar la gestión supera el volumen de agua que pueden aportar nuevas obras con impactos ambientales asumibles. Pero, claro, ello supone ir a la raíz del problema, remover las bases de la actual política. Requiere planificar con tiempo. Y, ya se sabe, hasta ahora no se ha pensado lo suficiente, y la naturaleza va a obligar a experimentar con agua, algo mucho más delicado que el cava. Ante la inminente crisis, el pánico está cundiendo, y ya va quedando poco espacio para tomar las decisiones que sistemáticamente se han ido aparcando. Y habrá que hacerlo antes de que la anhelada lluvia propicie la modorra de siempre. El agua ya no puede esperar.